

Mayer, yo le quiero á usted muy bien y le compadezco, pero ¡es usted prisionero y yo soy soldado!—Le apreté la mano y le dije:—¡Señor sargento!...—Entonces me contestó:—Es usted pobre y no quiero su dinero, pero le ayudaré en lo que pueda. Cuando me vaya á dormir, pague usted una botella de aguardiente á los soldados que se quedarán dormidos; ¡yo no veré nada!...

Era lo que se llama un hombre honrado. Pagué una botella de aguardiente y cuando los soldados estuvieron ebrios, me puse los zapatos, un capote viejo y callandito me escurri. Al llegar á la muralla quise saltar abajo, pero en el foso habia mucha agua y como no quise mojar me mi único capote, probé á dar una vuelta hacia la puerta principal.

El centinela, que se paseaba con el fusil al hombro, me vió:

—¿Quién vá?—gritó. No respondí.—¿Quién va?—repetió. No le hice caso.—¿Quién va?—gritó por tercera vez y yo eché á correr. Salté al agua, trepé por el lado opuesto y huí.

Durante toda la noche seguí corriendo por el camino y cuando amaneció tuve miedo de ser reconocido y me escondí en un campo muy grande de centeno; me puse de rodillas, junté las manos y dí gracias á nuestro Padre celestial por haberme salvado; después me quedé dormido con el alma en paz.

Cuando me desperté al anoecer me volví á poner en camino.

Apenas hube dado algunos pasos me alcanzó un gran carro alemán tirado por dos caballos negros. Guiaba un hombre bien vestido que fumaba una pipa y que me miró. Yo acerté el paso para que el carro pasara delante, pero éste se detuvo y el carretero siguió mirándome; me senté al borde del camino y el hombre paró el carro sin cesar de mirarme.—Joven,—dijo,—¿á dónde va usted á estas horas?—Le respondí:—Voy á Francfort.—Suba usted en

mi carro; hay sitio para los dos y le dejaré allí... ¿Cómo no lleva usted equipaje? ¿Por qué lleva usted la barba tan crecida y los vestidos llenos de lodo?—me dijo cuando estuve sentado á su lado.—Soy un pobre diablo,—le dije,—y querría emplearme en una fábrica. Mi traje está lleno de lodo porque me he caído.—Miente usted, joven; el camino está perfectamente seco.—No contesté.—Dígame usted la verdad,—profirió el buen hombre.—¿Quién es usted y de dónde viene? Su cara de usted me gusta y si es usted honrado, le ayudaré.—Entonces se lo conté todo, y él me dijo:—Está bien, joven. Venga usted á mi cordelería y le daré trabajo y le alojaré en mi casa.—Yo le contesté:—Está bien.

Llegamos á su cordelería y el buen hombre dijo á su mujer:—Hé aquí á un joven que se ha batido por su patria; estaba prisionero y se ha escapado. No tiene casa, ni vestidos, ni pan; vivirá con nosotros; dale ropa limpia y de comer.

Estuve con ellos año y medio y mi amo me estimaba tanto que no quería que me fuese; yo estaba muy bien en su casa. Era yo entonces un buen mozo, joven, alto, con los ojos azules y la nariz un poco aguileña... y la señora L. (no puedo decir el nombre), la mujer de mi amo, era también joven y bonita, Principió á demostrarme su amor. Un día me preguntó:—Señor Mayer, ¿cómo le llama á usted su madre?—Le respondí:—¡Carlitos!—Y ella me dijo:—Pues bien, Carlitos, venga usted, siéntese usted á mi lado.—La obedecí al punto y ella me dijo:—¡Carlitos! dame un abrazo.—La abracé y ella me dijo:—Carlitos, le quiero á usted tanto, que no puedo resistir más,—y temblaba con todo su cuerpo.»

Carlos Ivanovitch hizo al llegar á este punto una larga pausa. Meneaba ligeramente la cabeza, ponía en blanco los bellos ojos azules y se sonreía como se sonríe á un dulce recuerdo.

«Sí,—continuó, agitándose en su poltrona y arreglándo-

se su bata,—nunca he disfrutado de momentos agradables, pero Aquel me es testigo,—y señaló un grabado que representaba á Cristo y que colgaba á la cabecera de su cama,—de que nadie tiene derecho á decir que Carlos Ivanovitch ha sido deshonesto. No quise pagar con negra ingratitud los beneficios del señor L. y decidí huir de su casa.

Una madrugada, cuando todos dormían aún, escribí á mi amo una carta que dejé encima de mi mesa de noche; cogí mi ropa, tres thalers y salí sin que lo advirtieran. Nadie me vió y tomé por la carretera.

CAPITULO XXX

Fin de la historia de Carlos Ivanovitch

Hacia nueve años que no había visto á mamá y no sabía si vivía aún ó si sus huesos descansaban bajo la húmeda tierra. Volví á mi pueblo y apenas llegué, pregunté por Gustavo Mayer el arrendador del conde Zommerblatt. Me respondieron que el conde de Zommerblatt había muerto y Gustavo Mayer habitaba en la calle Mayor donde tenia una tienda de bebidas.

Me puse un chaleco nuevo, un capote muy bueno que me había regalado mi amo, me peiné con esmero y entré en el establecimiento de mi padre. Mi hermana María estaba sentada en el mostrador y me preguntó qué deseaba. Le dije:—¿Podría usted darme una copita de licor?—Ella replicó:—Papá, aquí hay un joven que pide una copa de

licor. Me senté á una mesita, bebí y fumé una pipa, mirando al papá, á María y á Juan que acababa de entrar. De pronto mi padre me preguntó:

—Debe V. saberlo de seguro, joven; ¿dónde está ahora nuestro ejército?

Le dije: Precisamente vengo de allí; ahora está cerca de Viena.

—Nuestro hijo,—dijo papá,—era soldado; hace nueve años que se ha marchado y no nos ha escrito, de modo que no sabemos si está vivo ó muerto. Mi mujer no hace más que llorar.

Yo fumaba mi pipa y dije: ¿Cómo se llama su hijo de V. y en qué regimiento servía? Puede que yo le conozca.

—Se llama Carlos Mayer y portenecía á los cazadores austriacos,—dijo mi padre.

—Era alto y hermoso como V., dijo mi hermana María.

Les dije: Conozco bien á su hijo de V.

—¡Amalia!—gritó mi padre.—¡Ven, que hay aquí un joven que conoce á nuestro Carlos!

Y mi querida mamá entró por el fondo. La reconocí en seguida.

—¿Conoce V. á nuestro Carlos?—dijo mirándome y se puso pálida, pálida y empezó á estremecerse.

—Sí, le conozco,—dije, sin tener el valor de mirarla.

Creí que mi corazón se hacía pedazos.

—¡Mi Carlos vive!—dijo mamá.—¡Alabado sea Dios! ¿Dónde está mi buen Carlos? Tranquila moriría si pudiese volverle á ver sólo una vez. ¡Hijo mío adorado!—Pero Dios no lo quiere!

Y se puso á llorar. Yo no podía más.—¡Mamá!—grité,—soy vuestro Carlos! Y ella cayó en mis brazos. Carlos Ivanovitch cerró los ojos y sus labios temblaban.

—¡Mamá, soy vuestro Carlos!—y cayó en mis brazos.—dijo Ivanovitch, calmándose un poco y enjugándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.—Dios,—continuó,—

no ha permitido que yo acabase mis días en mi país; el infortunio me perseguía por todas partes. Sólo tres meses permanecí en mi patria.

Un domingo estaba en el café bebiendo un vaso de cerveza y fumaba mi pipa hablando de política con mis conocidos.

Hablábamos del emperador Francisco, de Napoleón, de la guerra y emitían todos su opinión. Cerca de nosotros estaba sentado un señor con sobretodo gris, á quien no conocíamos. Tomaba café, fumaba su pipa y no hablaba una palabra. A eso de las diez tomé mi sombrero, pagué y me volví á casa. A altas horas llaman á la puerta, me despierto y pregunto:—¿Quién es?—Abra V.—Yo digo:—Diga V. quién es y abriré.—¡Abra V. en nombre de la ley—gritó con imperio una voz.—Abrí y veo en la calle á dos soldados armados de fusiles y al desconocido del gabán gris á quien había visto en el café. Era un espía.

—Sígame V.—me dijo entrando en la casa.—Está bien,—dije. Me puse los zapatos, los pantalones y paseé por la habitación mientras me ponía los tirantes. El corazón me latía con fuerza en tanto que murmuré:—¡Bellaco, ya te arreglaré yo!—Cuando estuve cerca de la pared en donde estaba colgada mi espada, la empuñé y dije:—Eres un delator, defiéndete! Le asesté un golpe á la derecha, otro á la izquierda y otro á la cabeza. Cayó el espía, cogí mi maleta, una bolsa, salté por la ventana y me escapé á Ems.

Allí conocí al general Sazine, que me tomó mucho cariño, me proporcionó un pasaporte y me llevó á Rusia para educar á sus hijos. A su muerte, pasé á vuestro servicio y vuestra madre al encargarme de las niños me dijo: «Carlos Ivanovitch le confío á V. mis hijitos. Amelos V. y no los abandone nunca; le ofrezco á V. un seguro asilo para toda su vida en mi casa. Ella ya no existe y las demás lo han olvidado todo. Después de haber servido por veinte años me veo obligado con todas mis canas á mendigar por la calle un pedazo de pan duro. Dios lo ve todo y todo lo

sabel ¡Cúmplase su santa voluntad! Lo siento sólo por ustedes, hijos míos!

Al pronunciar estas últimas palabras, Carlos Ivanovitch me cogió la mano, me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

CAPÍTULO XXXI

Me llevo el número 1

Terminado nuestro año de luto, mi abuela comenzó á reponerse un poco de su dolor y á recibir de vez en cuando alguna visita, en especial de los niños compañeros nuestros ó las amigas de mi hermana.

Con ocasión de los días de Liubotshka, el 13 de Diciembre, vinieron antes de comer la princesa Kornakof con sus hijas; la señora Valakhine y Sonia. Iline Grapp y los dos menores de los Ivine.

A nuestros oídos llegaban las risas y el rumor de los invitados, sin que nos fuera permitido bajar á la reunión hasta haber dado todas nuestras lecciones. En la tablilla colgada en la pared de la clase se leía: «Lunes desde las dos á las tres, lección de Historia y Geografía» Por consiguiente, era preciso esperar al maestro de Historia que debía tomarnos la lección y marcharse.

Eran ya las dos y cuarto y el maestro no venía, ni se le veía por ninguna parte. Asomado á la ventana me obstinaba en mirar á la calle con la más viva impaciencia para ver si el tal aparecía por el extremo de la calle.

—Me parece que Lebedef no vendrá hoy,—dijo Volodia levantando la cabeza del libro en que estudiaba su lección.

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! Yo no sé una palabra!... Sí... ya viene...—añadió tristemente.

Volodia se levantó y se acercó á la ventana.

—No, no es él; es un caballero desconocido,—dijo.—Esperemos todavía hasta las dos y media,—añadió, estirándose y rascándose la parte superior de la cabeza, según su costumbre al descansar por un momento de su trabajo. Si á las dos y media no ha llegado, iremos á decirselo á Saint-Jérôme y cerraremos los libros.

—También él tendrá ganas de ir á *pa-se-o*,—dije bostezando y agitando sobre mi cabeza el libro que sostenía con ambas manos.

Para matar el tiempo abrí el libro por la página de mi lección y me puse á leer. La lección era larga y difícil; no sabía de ella más que las primeras palabras y comprendí que no hubiera podido aprenderla en mi vida, porque me hallaba en ese estado nervioso en que nos es imposible fijar el pensamiento en una cosa.

La lección de historia había sido siempre un suplicio para mí.

El día anterior, precisamente, Lebedef se había quejado de mí á Saint-Jérôme y me había puesto como calificación un 2 que quería decir *malísimo*. Saint-Jérôme me declaró que si la vez próxima me daban una nota inferior al número 3, sería castigado severamente, y la *vez próxima* era hoy y yo tenía un miedo de todos los diablos.

Hallábame absorto en la lectura de aquella lección ignorada, cuando de pronto hirió mi oído un ruido en el recibidor como de alguien que se quitaba sus zapatos de cauchú. Tuve apenas tiempo de levantar la cabeza y mirar á la puerta por donde asomó la horrible cara toda picada de viruelas y la siniestra figura, que desgraciadamente me era tan conocida, del maestro de Historia, metido en su levita azul de botones universitarios.

Colocó pausadamente su sombrero junto á la ventana y los libros sobre la mesa; se tiró con ambas manos de la levita para que desaparecieran las arrugas (gran necesidad tenía de un buen planchado) y se sentó con un resoplido.

—Vamos, señores,—dijo restregándose las manos de nudosos dedos,—repasemos ante todo lo explicado en la lección anterior y después trataré de los acontecimientos de la Edad Media.

Esto quería decir sencillamente: «Recítadme la lección.»

Mientras Volodia charlaba, yo, con la calma y la naturalidad de quien está seguro de sí mismo, salí al descanso de la escalera y no pudiendo avanzar me entretuve en atisbar lo que pasaba más abajo. Apenas me había acomodado en mi acostumbrado observatorio detrás de la puerta, cuando Mimi (causa siempre de mis desgracias) cayó de improviso sobre mi retaguardia.

—¡Usted aquí!—dijo mirándome severamente; después se fijó en la habitación de la servidumbre y después de nuevo en mí.

Yo, que me sentía cogido en una doble falta por no estar en clase y por encontrarme en un sitio prohibido, no tuve ni aún el valor de responder y bajando la cabeza manifesté el más sincero arrepentimiento.

—¡No, esto es va demasiado!—gritó Mimi—¿Qué estaba usted haciendo ahí?

No respondí.

—No, esta no pasará, no señor,—continuó gritando y dando puñetazos en el pasamanos de la escalera.—Voy á decirselo todo á la condesa.

Serían las tres menos cinco minutos cuando entré en clase de nuevo. El profesor parecía no ocuparse de mí y seguía explicando su lección á Volodia. Concluidas las explicaciones, comenzó á reunir sus cuadernos y mi hermano fué buscar no se qué en la estancia inmediata; pensé con alegría que la lección se había acabado y que el pro-

fesor me había olvidado por completo; pero de pronto se volvió hacia mí y con sonrisa infernal me dijo:

—Espero que sabrá perfectamente su lección,—y se restregó las manos.

—Sí.

—Bueno; sírvase V. narrarme la Cruzada de S. Luís,—dijo, meciéndose en la silla y mirándose la punta de las botas con aire pensativo.

—Primero; las causas que obligaron al rey de Francia á tomar la cruz (en esto enarcó las cejas é indicó con el dedo el tintero). Después los rasgos característicos de esta cruzada (cerró la mano como si quisiera coger algo). Finalmente, la influencia de esta cruzada en los Estados europeos en general (golpeó con sus cuadernos hacia la parte izquierda de la mesa) y sobre el reino de Francia en particular (y golpeó con los mismos hacia la parte derecha)..

Tragué dos ó tres veces saliva, tosí, incliné la cabeza hacia un lado y guardé silencio. Después cogí la pluma que estaba en la mesa y me puse á cortarla; siempre con el mismo silencio.

—Déme usted esa pluma,—dijo el maestro extendiendo la mano.—¿Para qué la quiere usted? Vamos.

—Luis... San Luís... era... era... un buen Czar.

—Un... qué?

—Un buen buen Czar. Se le ocurrió la idea de ir á Jerusalem y *cedió las riendas del gobierno* á su madre.

—¿Cómo se llamaba su madre?

—Be... be... lan...

—¡Cómol! ¡Belante!

Yo me eché á reír estúpidamente y de dientes para afuera.

—¡Bueno! ¿No sabe usted algo más?—preguntó con ironía.

Ya no tenía nada que perder... Aclaré mi voz y arrojé todo lo que se me vino á la punta de la lengua.

El maestro, sin decir nada, tocaba el tambor con la pluma sobre la mesa, repitiendo con obstinación de cuando en cuando: «¡Bien! ¡Muy bien!» Yo tenía plena conciencia de que no sabía nada y de que me iba enredando más y más y lamentaba que no me interrumpiese ni corrigiese.

—¿Por qué—dijo al fin, repitiendo mi frase—se le vino á las mientes la idea de ir á Jerusalem?

—Porque... porque... le vino en gana.

Me embrollé del todo y al fin me quedé callado. Sentía que aquel terrible maestro me hubiera podido tener allí un año entero sin que me fuera dable añadir á lo dicho una sola palabra.

Esperó tres minutos, al cabo de los cuales tomó su cara una expresión de tristeza y con voz afligida dijo á Volodia que entraba en aquel momento:

—Déme usted el cuaderno de las calificaciones.

Volodia le dió el cuaderno y puso el sello al lado. El maestro abrió el cuaderno, mojó la pluma y con su hermosa letra le puso á Valodia un 5 en la columna de los *progresos* y otro en la de la *conducta*. Después, con la pluma suspendida sobre aquellas fatales columnas en que estaban mis calificaciones, me miró y reflexionó. De pronto hizo su mano un movimiento imperceptible y apareció en la columna de mis *progresos* un magnífico 1 seguido de un punto; nuevo movimiento y otro 1 con su correspondiente punto apareció en la columna de mi *conducta*.

El maestro entonces cerró con mucho cuidado el cuaderno, se levantó y se dirigió hacia la puerta fingiendo no observar mi mirada suplicante, desesperada y llena de convenciones.

—¡Miguel Larionitch!—dije.

—No—respondió adivinando lo que yo iba á decir.—No es posible continuar así, no quiero robar el dinero que me dan.

Se volvió á poner sus zapatos y su capa; se abrigó cuidadosamente el cuello con su bufanda, como si después

del crimen horrible que había cometido estuviere perfectamente tranquila su conciencia. No era para él más que un rasgo de pluma aquella catástrofe que me anonadaba.

—¿Ha concluido la lección?—dijo Saint-Jérôme al entrar poco después en la clase.

—Sí.

—¿Se ha ido contento el maestro?

—Sí—contestó Volodia.

—¿Qué calificación habéis tenido?

—Cinco.

—¿Y Nicolás?

No contesté.

—Creo que tiene el 4—dijo Volodia.

Había comprendido que era preciso salvarme por el momento.

Sería castigado sin duda, pero no aquella noche en que teníamos fiesta.

—Veamos, señores (Saint-Jérôme repetía *veamos* á cada tres palabras), prepárense Vdes. y bajemos al salón.

CAPITULO XXXII

La llavecita

Apenas habíamos tenido tiempo de saludar á los invitados cuando anunciaron que la comida estaba servida. Papá se mostraba muy alegre (hacia algún tiempo que ganaba mucho al juego). Regaló á Liubotshka, por ser sus días, un estuche de viaje con todos los objetos de plata y du-

rante la comida recordó que también le había comprado una bombonera que había olvidado en su despacho.

—En vez de enviar á un criado, ve tu Nicolás—me dijo.

—Las llaves están en la mesa, en el cenicero ¿te acuerdas? Toma la más gruesa y abre el segundo cajón de la derecha; encontrarás una cajita y unos cucuruchos de dulces: tráetelo todo.

—¿Quieres que te traiga cigarros también?—le pregunté al recordar que siempre mandaba por ellos después de comer.

—¡Sí, pero ten cuidado de no tocar nada—me gritó cuando yo estaba aún en la puerta.

Encontré en efecto el manajo de llaves en el sitio indicado y me apresuré á abrir el cajón. Llamó mi atención una llavecita y se me ocurrió saber á qué cerradura pertenecía.

Sobre la mesa, entre varios objetos, había una cartera bordada y cerrada con un bonito candado. Empecé á probar si la llavecita le iba bien y mi tentativa tuvo un éxito completo; la cartera se abrió y encontré en ella un paquete de cartas.

Fué tan grande mi curiosidad que sofocando en mí la voz de la conciencia me puse á examinar las cartas contenidas en la cartera...

La veneración que sienten los niños por las personas mayores era tan profunda en mí, sobre todo en lo que se refería papá, que me resistía inconscientemente á sacar deducción alguna de lo que velan mis ojos. Sospechaba que papá vivía en un mundo superior completamente distinto al nuestro, inaccesible, incomprensible para mí y que había cometido una especie de sacrilegio tratando de descubrir los secretos de su vida. Los descubrimientos que hice en su cartera no me dejaron por el pronto más impresión clara y definida sino la de que yo había obrado mal. Estaba avergonzado y sentía inmenso disgusto.

Quise cerrar apresuradamente la cartera, pero estaba es-

crito que en aquel día memorable no me saldría nada bien.

Después de introducir la llave en el agujero de la cerradura, la dí una vuelta en sentido contrario y creyendo que ya estaba cerrada tiré de la llave.—¡Horror! ¡en mis manos no quedó más que el ojo de la llave! Me esforcé en sacar los dientes que habían quedado dentro, pero todo fué inútil. Tuve que habituarme al terrible pensamiento de que había cometido un nuevo delito y que había de ser descubierto apenas entrara papá en su despacho.

El asunto Mimí, el 1 del maestro de Historia y la llavecita; no me podían ocurrir más desgracias en menos tiempo. La abuela por el informe de Mimí, Saint-Jérôme por el 1 y el papá por la llavecita... ¡y todo recaería sobre mí antes de llegar la noche!

—¿Qué va á ser de mí? ¡Ah! ¿qué he hecho?—exclamé en alta voz mientras pateaba la mullida alfombra del despacho.—¡Eh!—dije entre mí mientras buscaba los dulces y los cigarros,—*no se puede evitar el destino propio*. Y me volví al comedor á la carrera.

Aquella sentencia fatalista que había oído repetir en mi infancia á Kolia ejerció sobre mí en todos los momentos de la vida una gran influencia benéfica. Al entrar en el comedor me sentía aún un poco turbado, pero tan alegre ya como antes.

CAPITULO XXXIII

La pérñda

Después de comer nos pusimos á jugar y confieso que me divertí con mucho gusto.

Remedando al gato y al topo, pisé sin querer el vestido

del aya de los Kornakof y se lo descosí; pero observé que todas las niñas y especialmente Sonia se divirtieron grandemente al notar el gesto de contrariedad con que el aya se marchó á coser su vestido á la habitación de la servidumbre, y me propuse proporcionarles por segunda vez esta diversión.

Fijo en esta graciosa idea, apenas volvió el aya al salón me puse á correr á su alrededor buscando una ocasión propicia para volverle á pisar la falda y para rompérsela de nuevo. Sonia y las demás niñas que sospechaban mi intención apenas podían contener la risa, lo que lisonjearía grandemente mi amor propio, pero no pasaron inadvertidas á Saint-Jérôme mis maniobras.

Se acercó á mí y me dijo frunciendo las cejas—gesto que yo no podía sufrir—que lo que yo estaba haciendo no eran más que necedades, y que si no me conducía mejor me arrepentiría de ello aún cuando fuese día de fiesta.

Me encontré pues en la disposición de ánimo del jugador que ha perdido más aún de lo que lleva en el bolsillo, y temiendo el momento de ajustar cuentas, sigue jugando á la desesperada, menos con la esperanza de rehacerse que con el fin de aturdirse. Le dirigí una sonrisa insolente y le volví la espalda.

Después del gato y el topo, uno de nosotros propuso un juego que llamó «un palmo de nariz». Se formaban dos filas de sillas una enfrente de la otra; en una fila se sentaban las señoras, en la otra los caballeros y se cambiaba de puesto escogiendo á un compañero de la otra partida.

La menor de las princesas Kornakof escogía siempre al más joven de los Ivine. Catalina escogía ora á Volodia ora á Iline, Sonia nunca dejaba de dar la preferencia á Sergio y éste se sentaba siempre en frente de ella, lo que le producía gran risa, haciéndole comprender con un ademán que había adivinado. En cuanto á mí, no me escogía nadie. Con gran humillación mía comprendí que estaba de más, pues yo era siempre «el que se queda» y que cada

vez que se gritaba «¿Quién sobra?—¡Ah!—respondían—es Nicolás quien se ha quedado con un palmo de narices.»

Cuando llegó mi turno resolví dirigirme á mi hermana ó á una de las más feas de las Kornakof y ¡ay de mí! nunca me engañaba. Sonia se cuidaba tanto de Sergio, que yo no existía ya para ella. No sé por qué razón la acusaba interiormente de *perfidia*, dado que nunca me había prometido escogerme ó no preferir á Sergio; pero estaba firmemente convencido de que ella se conducía conmigo de un modo indigno.

Después del juego, noté que la *perfidia*, á quien yo despreciaba, pero á quien no podía menos de seguir siempre con la mirada, se iba á un rincón con Sergio y Catalina. Me acerqué, sin hacerme sentir, y me escondí tras el piano para descubrir el secreto que llevaban entre manos. Ví que Catalina tenía por las dos puntas un pañuelo de batista delante de Sergio y de Sonia, de modo que no podía vérselos.

—No—dijo Sergio—habéis perdido. ¡Ahora os toca pagar!

Sonia en pie delante de él, con los brazos colgando, dijo muy sonrojada:

—No he perdido; ¿no es verdad, señorita Catalina?

—A mí me gusta la verdad—respondió Catalina—ha perdido V. su apuesta, querida mía.

Apenas oyó estas palabras Sergio, se acercó á Sonia y la besó. La besó de un modo natural sobre su boquita rosada. Y Sonia como si tal cosa, como si se tratara de una cosa muy graciosa, se echó á reír. ¡Abominación! ¡oh hipocresía! ¡oh perfidia!

CAPITULO XXXIV

El eclipse

Sentí de improviso profundo desprecio hacia el sexo femenino en general y hacia Sonia en particular. Comencé á persuadirme de que aquellos juegos no tenían nada de divertido y que sólo eran propios de chiquillos. Sentí la necesidad de hacer algo extraño; en mi cualidad de varón quería realizar un acto que los dejase á todos con la boca abierta.

La ocasión no tardó en presentarse.

Saint-Jérôme, después de una corta conferencia con Mimi, salió de la sala; sentí resonar sus pasos en la escalera y después precisamente sobre nosotros en el piso superior en que estaba la clase. No sé por qué se me figuró que Mimi le había dicho dónde me había encontrado durante la hora de la lección y que él había subido á mirar el cuaderno de las calificaciones. En aquel momento atribuía á Saint-Jérôme como único objeto de su vida entera el buscar la menor ocasión para castigarme.

He leído, no sé donde, que los niños de doce á catorce años ó sea en la edad transitoria que precede á la adolescencia, son inclinados al incendio y al homicidio. Cuando pienso en mi adolescencia y sobre todo en el estado de ánimo en que me encontraba aquella noche infausta, comprendo perfectamente los más atroces delitos cometidos sin objeto, sin intención de hacer daño, simplemente por curiosidad, por necesidad inconsciente de obrar.

Hay momentos en que el porvenir se aparece al hombre bajo colores tan téticos, que por temor de pensar en

él, suspendemos en nosotros mismos la facultad de raciocinar tratando de convencernos de que no existe el porvenir, como no ha existido el pasado. En esos momentos en que el pensamiento no domina los impulsos de la voluntad y en que los instintos más groseros son como dueños absolutos del ser, comprendo al niño inexperto que sin sombra de vacilación ni de miedo, con una sonrisa de curiosidad, enciende y alimenta el fuego en su propia casa, la casa en que duermen sus hermanos, su padre y su madre, todos aquellos en fin á quienes ama tiernamente. Bajo la influencia de este eclipse pasajero del pensamiento, casi diría de esta distracción de la conciencia, un joven labriego de diez y siete años toma una hachuela recién afilada, contempla á su padre que duerme al lado boca arriba, sobre un banco, y con una curiosidad imbécil da el golpe y mira como de la cabeza cortada corre la sangre hasta el suelo.

Bajo la influencia de este mismo eclipse del pensamiento y de esta curiosidad instintiva, un hombre experimenta una especie de alegría al inclinarse al borde de un precipicio pensando:

—«¿Si me tirase? ó en apoyar sobre la frente una pistola cargada, diciendo entre sí:—¿Si disparase? ó en mirar á algún elevado personaje ante el que todo el mundo se inclina y pensar: «Si fuese á cogerlo por las narices y diciéndole: «Ven aquí, buen mozo.» Estaba precisamente bajo la influencia de semejante extravío mental y de una paralización de este género, cuando Saint-Jérôme volvió á bajar ordenándome que subiese con él inmediatamente porque no tenía derecho á permanecer abajo, después de haberme portado tan mal y de no haberme sabido la lección. Yo saqué por toda respuesta un palmo de lengua burlándome de él y declarando que no me movería.

Saint-Jérôme se quedó mudo de sorpresa y de rabia.

—Está bien,—dijo corriendo tras de mí.—Le había prometido á usted desde hace tiempo y en varias ocasiones

un castigo que su abuela ha querido ahorrarle, pero veo bien que sólo el látigo le obligará á usted á obedecer y ahora lo merece usted de veras.

Hablaba tan alto, que todos en la sala le oyeron. La sangre me afluyó al corazón con ímpetu extraordinario; sentí que me ponía pálido; los labios me temblaban y mi corazón parecía que iba á estallar. Debía infundir miedo, porque Saint-Jérôme vino rápidamente hacia mí y me cogió por el brazo evitando mi mirada. Apenas sentí que me tocó, ya no respeté nada; fuera de mí de rabia sin saber lo que hacía, me solté y le pegué con todas mis fuerzas de niño.

Volodia se acercó con expresión de espanto y de estupor.

—¿Qué te pasa?—me dijo.

—¡Déjame! ¡Nadie me quiere! ¡No comprendéis que sufro mucho! ¡Todos sois unos malvados! ¡Me causáis horror!—grité entre sollozos, en una especie de raptó de locura dirigiéndome contra todos los circunstantes.

Entre tanto Saint-Jérôme pálido, pero resuelto, se dirigió á mí y antes de que pudiera ponerme á la defensiva, me cogió los dos brazos, los apretó como en un torno y me arrastró. La cabeza me daba vueltas. Recuerdo sólo que luchaba desesperadamente dando cabezadas y patadas hasta que me faltaron las fuerzas. Me acuerdo además de que mi nariz chocó varias veces en sus piernas y que me quedé en la boca con un trozo de su levita, de que veía muchas piernas en torno mío y que tragué polvos á la violeta, que era el perfume favorito de Saint-Jérôme.

Cinco minutos después, me dejaban encerrado en un cuartito obscuro.

—Vassili,—dijo él desde fuera, con voz terrible y solemne,—tráeme los azotes.

CAPITULO XXXV

Delirios

¿Podía pensar entonces en la posibilidad de sobrevivir á tamaña desgracia? ¿podía creer que llegaría un día en que hablase de esta escena con tanta sangre fría?...

Al reflexionar en lo que había hecho no podía imaginarme lo que sucedería pero tenía el vago presentimiento de que estaba perdido irremisiblemente.

En el primer instante reinó en torno mío silencio profundo; al menos yo lo creí así porque la violencia de mi emoción me impedía hasta el oír. Después, poco á poco, comencé á discernir los diversos rumores. Vassili subió la escalera y arrojó al rincón de la ventana un objeto que debía parecerse á una granada y después se acostó bostezando sobre un banco.

Abajo Saint Jérôme hablaba en alta voz; de seguro hablaba de mí; después oí voces de niños, carcajadas, carreras. Al cabo de pocos minutos toda la casa estaba de nuevo en movimiento y como si nadie supiera que yo estaba encerrado en el cuartito obscuro; nadie pensaba en mí.

No lloraba, pero me pareció que una gruesa piedra pesaba sobre mi corazón. Las ideas y las imágenes se sucedían en mi mente sobrecitada, pero el recuerdo de mi infelicidad interrumpía á cada instante su cadena caprichosa y recaía en un laberinto de incertidumbres, de terrores y de angustias sin encontrar salida.

Se me ocurrió que debía existir una causa desconocida,

independiente de la indiferencia, ó mejor del odio que yo inspiraba á todos. En aquel tiempo estaba convencido de que todos, desde mi abuela hasta Felipe el cochero, me detestaban y gozaban en verme sufrir.

Quizás no era hijo de mi madre y de mi padre, ni hermano de Volodia, sino un desgraciado huérfano, un niño expósito recogido por lástima. Esta idea absurda me pareció verosímil y me procuró una especie de triste consuelo.

Me confortaba el pensamiento de que era infeliz no por mi culpa, sino porque mi destino era el ser desgraciado desde mi nacimiento como aquel pobre Carlos Ivanovitch.

Pero ¿por qué ocultarme este misterio?—decía entre mí. —¡Cómo lo he adivinado yo! Mañana me presentaré á mi papá y te diré: «Papá, es inútil que me ocultes el secreto de mi nacimiento; ¡lo sé todo!» El me responderá: «¡Qué quieres, amigo mío! Era preciso que tarde ó temprano lo supieras; no eres mi hijo pero te he adoptado y si eres digno de mi afecto no te abandonaré nunca.»—Yo le responderé:—«Papá, no tengo derecho á darte este nombre y hoy lo pronuncio por última vez; siempre te he amado, no olvidaré nunca que has sido mi bienhechor, pero no puedo permanecer por más tiempo en tu casa. Aquí no me quiere nadie: Saint-Jérôme ha jurado mi pérdida; uno de nosotros dos es preciso que se marche, porque yo no respondo de mí. Odio á ese hombre á tal punto, que sería capaz de todo; ¡lo mataría! (Así lo diré: ¡Papá le mataría!)»

Entonces mi papá empezará á reconvenirme, pero yo le diré:—«No, amigo mío, bienhechor mío, no podemos vivir juntos, déjame partir.»

Le abrazaré y le diré en francés: «¡Oh padre mío, bienhechor mío, dame por última vez tu bendición y hágase la voluntad de Dios!» A esta idea de separación, empecé á sollozar, sentado como estaba en un cofre en el cuarto obscuro. De pronto me acuerdo del infame castigo que me